

persuadimos á que la necesidad, las ocasiones, los intereses públicos, la razon de Estado, el bien parecer, la obligacion de los empleos, haciendo como inevitables ciertas trasgresiones, las hacen al mismo tiempo inocentes. Por eso tenemos por necesarias las condescendencias de que usamos contra nuestra conciencia y obligacion, siempre que las juzgamos útiles; siempre tienen alguna cara por donde solo nos presentan las exterioridades de la sabiduría y de la prudencia, cuanto sirve para nuestros proyectos desde luego nos parece inocente: *Innocens ego sum.*

De este modo la ambicion, este vicio que forma tantos rencores, envidias, ruindades é injusticias; este vicio que se introduce hasta en nuestras virtudes y del que apenas se ven libres los mas justos; este vicio que inficiona todas las cortes y que es como el alma y el principio que da movimiento á todo; este vicio, vuelvo á decir, es acerca del que no tenemos remordimientos y el que nunca cuidamos de manifestar en el tribunal de la penitencia; los felices sucesos de la ambicion nos aseguran contra la injusticia de sus caminos, y basta el haber sido feliz para persuadirse á no haber sido culpable.

Dije, por último, una ceguedad de impiedad en Herodes, que se burla del reino de Jesucristo. El no puede disimularse á sí mismo que es el usurpador del trono de David y extranjero en la herencia de Sion. Los temores de su predecesor acerca del nacimiento de un nuevo Rey de los judíos á quien vinieron á adorar los Magos, no eran tan antiguos ni estaban tan olvidados, y aun habian sido notados con señales tan públicas y sangrientas, que no podia menos de tener noticia de ellas; pero el impío siempre trata á la verdad de credulidad y supersticion, y en Herodes produce:

Primeramente un movimiento de curiosidad. Deseaba ver á este hombre cuya fama publicaba cosas tan maravillosas; prometíase que él mismo habia de ser testigo y ver alguno de aquellos prodigios que habia obrado el Salvador en la Judea: *Sperabat signum aliquod videre ab eo fieri.*¹ No busca instrucciones, solo quiere la diversion de un espectáculo; hace mil inútiles preguntas á Jesucristo acerca de su doctrina y ministerio: *Interrogabat autem eum multis sermonibus;*² pero no era con el fin de conocer la verdad, sino para burlarse de él y obstinarse en su incredulidad; modo de proceder muy comun de los impíos. Quisiéramos ver milagros para creer; no damos fe á la voz de todos los siglos y de todos los pueblos que publican los extraordinarios prodigios á los que debe la Iglesia su nacimiento y sus aumentos; no queremos conocer que la admision del Evangelio y su subsistencia en el universo es el mayor de los milagros que pudo Dios obrar en la tierra; queremos ser cristianos por los sentidos y no podemos serlo sino por la fe; quisiéramos ver, como Herodes, hombres célebres por la singularidad de sus talentos y por una fama pública de su celo y virtud; pero no para instruirnos, sino para proponer como Herodes infinitas dudas y cuestiones vanas y frívolas: *Interrogabat autem eum multis sermonibus.* Nos preciamos de dificultar acerca de la comun creencia, gustamos de filosofar acerca de la verdad, pero no buscamos la verdad, y hablamos siempre de la religion sin tenerla: *Interrogabat autem eum multis sermonibus.*

Los que preguntaban á Jesucristo con deseos de aprender, se contentaban con decirle: Maestro, ¿qué hemos de

1 Luc. 21. v. 8.

2 Ibid. v. 9.

hacer para conseguir la vida eterna? Y empezando primero por las obligaciones, iban á buscar el remedio de sus mas peligrosos males; querian que primeramente les enseñase á vencer sus pasiones, á ejercitarse en los preceptos de la ley y á hallar el camino que conduce á la vida: *Quid faciendo vitam eternam possidebo?*¹ Querian llegar á la verdad por el camino de los preceptos y no dudar de la verdad para eximirse de ellos. Al contrario estos; no tienen mas fin en sus cuestiones y dudas que el decirse á sí mismos que por último en nada hay certidumbre, que no hallan respuesta que los satisfaga, y el tener atrevimiento para dudar de la verdad es para ellos una prueba decisiva contra ella. De este modo, ¡oh Dios mió! vuestra divina justicia castiga la soberbia de la flaca razon, entregándola á sus propias tinieblas.

Junta Herodes la burla con la curiosidad, y no habiendo podido sacar á Jesucristo ni una sola palabra, le desprecia, y toda la corte sigue su ejemplo: *Sprevit autem illum Herodes, cum exercitu suo.*² El silencio del Salvador, su modestia, su paciencia en las afrentas que padece, su humildad que le hace ocultar su divina sabiduría y sus admirables obras delante de Herodes, todo esto que para con este príncipe debiera haber servido de prueba auténtica de la santidad de Jesucristo, solo sirve de hacerle que sea tenido por un hombre de poco talento y menos juicio. Pónenle una vestidura blanca como á un loco, y le vuelven á enviar á Pilatos: *Et illisit indutum veste alba.*³ De este modo, católicos, trata continuamente el mundo, principal-

1 Luc. 10. v. 25.

2 Luc. 23. v. 11.

3 Ibid.

mente en las cortes de los reyes, á Jesucristo en sus siervos. Si los justos se abstienen de ciertos deleites, si callan en ciertas conversaciones, si no se conforman con ciertas costumbres, si forman escrúpulo de ciertos abusos autorizados con el comun ejemplo, en vez de admirar en ellos la fuerza de la gracia y la grandeza de la fe que puede resistir al torrente de placeres y malos ejemplos; se trata á su piedad y á la magnanimidad de su virtud, de flaqueza de espíritu; se les mira como á hombres ociosos y para poco, sin ideas grandes ni valor, é incapaces de seguir mas ilustres caminos; nos parece que debe dejarse cierto género de devocion para aquellos que por la cortedad de sus talentos no pueden emplearse en obras mas sublimes; nos preciamos de no parecernos á ellos, la demasiada estimacion que hacemos de nosotros mismos nos hace creer que debemos reducirnos solo á cumplir con las sublimes obligaciones de la religion. Nos persuadimos á que hemos nacido para cosas mayores que para servir á Dios, para salvar nuestra alma, para merecer un reino inmortal, para ser recibidos en aquella eterna ciudad en donde todos los ciudadanos serán reyes, y en donde destruida toda grandeza, gozarán solos de la inmortalidad y la gloria.

¡Mundo profano! Siempre despreciarás á Jesucristo, porque Jesucristo siempre te condena; te parecerá siempre su cruz una locura porque confunde siempre tu falsa sabiduría. ¡Mundo reprobado! Siempre separarás de tí á Jesucristo, porque el mismo Jesucristo te ha separado siempre de su herencia; siempre tendrás por locos á sus discípulos porque su conducta te da continuamente á conocer que tú eres el verdadero loco. ¡Mundo miserable! Tú entregarás siempre á Jesucristo, porque Jesucristo te estorba é incomoda. Sacrificarás siempre la conciencia y la obligacion

á unos intereses viles y bajos, porque no conoces á Dios y porque nunca tendrás mas divinidad que una fortuna de barro, la que te cuesta mucho y nunca puede llenar tus deseos ni tus esperanzas. ¡Mundo injusto! Tú siempre perseguirás á Jesucristo, porque Jesucristo no viene mas que á destruir tu imperio; siempre te será sospechosa la inocencia, la virtud y la rectitud de sus siervos, porque siempre te será importante el persuadirte que la virtud no es mas que un fingimiento y que los mas justos son semejantes á tí. ¡Mundo insensato! Tú te avergonzarás siempre de Jesucristo, te avergonzarás siempre de la piedad como de una flaqueza, porque siempre preferirás la gloria de los hombres á la de Dios; nunca te libertará la verdad, porque siempre la retendrás en la injusticia, y en medio de tí hallará siempre Jesucristo, como hoy en Jerusalem, una ceguedad de respeto humano que resistirá á la verdad de su doctrina; una ceguedad de envidia que resistirá á la verdad de las Escrituras; una ceguedad de ligereza y de ingratitud que resistirá á la verdad de sus milagros, una ceguedad de ambicion que resistirá á la verdad de su inocencia; finalmente, una ceguedad de impiedad, que resistirá á la verdad de su imperio. De este modo manifiesta hoy el mundo su oposicion á la verdad, condenando á Jesucristo; resta el ver cómo Jesucristo en la cruz es hoy el gran testigo de la verdad para condenar al mundo con ella.

SEGUNDA PARTE.

La muerte de Jesucristo es el gran testimonio de la verdad contra los errores y preocupaciones de las pasiones humanas, y hoy es propiamente cuando el Padre constituye á su Hijo, como se lee en Isaías, testigo de la verdad, para condenar al mundo que la desprecia: *Ecce testem populis dedi eum.*¹

Ya hemos visto cómo despreciando hoy el mundo á Jesucristo se ciega acerca de la verdad de las Escrituras que dan testimonio de él, acerca de la verdad de su doctrina que tantas veces se le habia anunciado, acerca de la verdad de sus milagros de los que habia sido testigo, acerca de la verdad de su inocencia, de la que estaba convencido, y finalmente, acerca de la verdad de su imperio estableciendo su poder y conquistando al mundo con la cruz. Por esto solo vino al mundo, para dar testimonio á la verdad: *Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.*²

En primer lugar, á la verdad de las Escrituras cumpliéndolas con su muerte. Sí, católicos, la muerte de Jesucristo es hoy la prueba convincente de la verdad de las Escrituras. Ella sola justifica las profecías, manifiesta las predicciones, ilumina las oscuridades, explica las figuras y es la sagrada llave que abre los siete sellos de aquel libro cerrado. Sin la explicacion de este gran sacrificio, los libros santos serian incomprensibles, las tinieblas de las profe-

¹ Isai. 55. v. 4.

² Joan. 18. v. 37.

cías serian impenetrables, las menudencias del culto y ceremonias de la ley parecerian pueriles, y una oscura noche cubricia este divino libro; pero la muerte de Jesucristo derrama en él una nueva claridad por medio de este misterio, preordinado antes de todos los siglos; en todas sus figuras se ve lo figurado, se descubre el espíritu de todas sus ceremonias, se penetra el sentido de todas sus profecías, se conoce la verdad y la divinidad de nuestros libros santos; aquí está aquel Cordero muerto desde el principio del mundo, aquel Abel que muere á los golpes de una indigna envidia, aquel Isaac obedeciendo hasta la muerte y pronto á ser sacrificado en el santo monte, aquel José entregado por sus propios hermanos y hecho salvador de Egipto, aquel Job hombre de dolores, mereciendo por su paciencia y por sus trabajos volver á la posesion de sus riquezas y fortuna, aquel David arrojado de Jerusalem subiendo al monte cubierto de vergüenza y de ignominia, acompañado de las maldiciones y burlas de su pueblo que le ultraja é insulta, aquel Jonás sepultado por tres dias en el seno del abismo y resucitado para salvar á Nínive. Finalmente, desde el principio del mundo parece que solo cuidó Dios de disponer á los hombres para este sangriento misterio, y de representarle á lo lejos en los libros santos con símbolos y figuras. La alianza de Sinaí, confirmada con la sangre, nos anunciaba que la sangre de Jesucristo ratificaria la nueva alianza que debia el Señor contraer con los hombres. La amargura de las aguas de Mará dulcificadas con el misterioso leño, nos figuraba la corrupcion de las naciones purificada con el sagrado leño de la cruz. La serpiente de metal elevada y sirviendo de remedio á las heridas del pueblo, no era mas que un símbolo de Jesucristo elevado en la cruz y hecho el remedio de nuestras heridas

y manchas. Finalmente, se halla que hasta las menores circunstancias de la muerte de Jesucristo, todo está pronosticado en los libros santos y anunciado á los hombres desde el principio; la hiel que en su sed habian de darle, las salivas con que le cubren, los clavos que atraviesan sus manos y sus sagrados piés, la suerte que divide sus vestidos, la perfidia del discípulo que le entrega, y apóstata de su apostolado, los dos malhechores en medio de los cuales espira, la lanza que abre su costado, sus huesos que no fueron rotos, y el fuerte clamor que dirige á su Padre. De modo que las profecías parecen una historia clara y anticipada de los dolores y oprobios de la cruz.

De este modo la muerte de Jesucristo todo lo confirma, como dice el apóstol, todo lo completa y todo lo justifica. Por eso este misterio que altera la razon, que es locura para el gentil y escándalo para el judío, es no obstante la prueba de nuestra fe, la certidumbre de nuestros santos libros y la confusion de la incredulidad; por eso era preciso que Jesucristo padeciese y muriese, para que se cumpliesen las Escrituras, para que los pueblos, testigos de su cumplimiento, se sujetasen á su autoridad; para que este divino libro se esparciese entre todas las naciones y fuese hasta el fin de los siglos la prenda de nuestra fe, el fundamento de nuestras esperanzas, la regla infalible de nuestro culto, la misteriosa roca contra la cual vienen á romperse todos los esfuerzos de la soberbia humana y toda la violencia de las supersticiones y sectas, y finalmente, el eterno monumento de las misericordias del Señor para con los hombres. ¡Qué grandeza no hay en la bajeza de nuestros misterios! Por eso, ¡oh Dios mio! vos siempre habeis querido confundir la soberbia de la razon y burlaros de la vana ciencia de los hombres, ocultando la sabiduría y gran-

deza de vuestros caminos bajo las apariencias de vileza y de locura, guiándonos á la verdad por la humildad y ofuscando las flacas luces de una vana razon para iluminar sus tinieblas. Primer testimonio que da hoy Jesucristo á la verdad de las Escrituras, cumpliéndolas con su muerte.

En segundo lugar, da testimonio á la verdad de su doctrina confirmándola con sus oprobios y trabajos. Habíanos enseñado que eran bienaventurados los que padecen, y que la violencia que el hombre se hace á sí mismo era el único recurso para la salvacion; toda su doctrina parecia reducirse á humillar el espíritu y mortificar los sentidos. Ningun filósofo hasta él habia enseñado á los hombres que era necesario caminar á la felicidad por las humillaciones y por los trabajos; este era el secreto del reino de los cielos, ignorado hasta entonces de los hijos del siglo. Era, pues, preciso que confirmase con su ejemplo la novedad de sus preceptos, que no se pareciese á aquellos sábios aparentes que le habian precedido, los que al mismo tiempo que con mucho fausto predicaban el desprecio, gustaban de gozar de todo, y que los abatimientos y dolores de su muerte fuesen el gran testimonio de la verdad de su doctrina.

Dije los dolores de su muerte; ¡y qué dolores! La hiel y el ajeajo que le dan á beber, la infeccion de las salivas con que cubren su adorable rostro, los azotes que desgarran su sagrado cuerpo, las bárbaras bofetadas que dejan cárdeno su venerable rostro, la corona de espinas que le penetran, el peso de la cruz que le oprime, los clavos que en ella le fijan, los inhumanos esfuerzos con que le crucifican. ¡Qué dolores! Su alma afligida con el horror de nuestros delitos, su corazon contristado con la inutilidad de sus trabajos, su amor consumido con la ingratitud de su pueblo y con las desgracias que han de venir sobre aquella

nacion tan amada. Este es el gran misterio que hoy se nos manifiesta desde lo alto del monte santo, y la respuesta decisiva á todos los vanos pretextos.

Porque, católicos, ¿qué puede oponer nuestra impenitencia á este grande ejemplar? ¿acaso nuestra inocencia? ¿una vida regular, libre de ciertos excesos, y que parece nos dispensa de aquella vida de lágrimas y de mortificacion que se cree estar solamente destinada para castigar los grandes delitos? Pero Jesucristo, santo, inocente, separado de los pecadores, cumple su ministerio con los trabajos, obra nuestra salvacion con la cruz, se hace hombre para ser el hombre de dolores. ¿No bastará, pues, el ser su discípulo para no poderse excusar de seguir sus pasos?

¿Qué mas podreis alegar? ¿vuestra inocencia? ¡Gran Dios! vos nos conocéis, vos habeis contado nuestros pasos desde el seno de nuestras madres, habeis seguido los mas secretos caminos de nuestras pasiones, habeis previsto nuestras caidas aun antes de que cayésemos; nuestras primeras costumbres y nuestros últimos caminos, todo está igualmente presente á vuestra vista: *Tu cognovisti omnia, novissima et antiqua.*¹ Y vos sabeis, ¡oh gran Dios! la vida que algun dia hemos de presentar ante vuestra justicia cuando se corra el velo y cuando esta fantasma de virtud que nos engaña, caiga y se desvanezca delante de la luz y resplandor terrible de vuestros juicios y de vuestra justicia.

¿Qué mas? ¡el grado y elevacion en que nos hizo nacer la Providencia! Pero Jesucristo, descendiente de tantos reyes, Rey inmortal de los siglos, ¿buscó acaso en la grandeza de

¹ Psalm. 138. v. 5.